



Prólogo

Agosto de 1159 – Londres, Inglaterra

—Es de locos. —El mensajero que estaba en el espléndido salón principal dijo la palabra con fruición, arrastrando las sílabas para saborearlas—. Se dice que lo ha heredado de su familia materna. Cosas de escoceses.

Lady Avalon d'Farouche pasó junto a los que mantenían aquella conversación en murmullos, que cesaron cuando se aproximó. Lanzó una lánguida sonrisa al trío de jóvenes, que hicieron una reverencia a su paso, sin mirarla a los ojos. Deliberadamente, se detuvo junto a ellos, simulando quitar una mota de algo de su vestido. Los tres hombres enrojecieron, se miraron los unos a los otros y, finalmente, a ella.

De nuevo les concedió una suave sonrisa, dejando que vieran su frialdad y el hielo que estaba reuniéndose en sus ojos. No debería haber hecho aquello —sólo serviría para alimentar los rumores—, pero le había sido imposible resistir la tentación.

Aunque el tercer hombre no le resultaba familiar, dos de los componentes de aquel trío habían estado acechándola desde su presentación en la corte hacía un año y medio. La habían acosado públicamente, a pesar de que sabían que estaba prometida. Al principio, habían intentado cortejarla y, después, cuando continuó rechazándolos educadamente, habían comenzado a arremeter contra ella, uniéndose para sembrar la semilla de la maledicencia hasta que ésta, finalmente, germinó.

Avalon d'Farouche de Trayleigh es fría, inhumana. Sólo piensa en sí misma. Está contaminada por la oscura sangre escocesa y sus rituales bárbaros. Su corazón está hecho de negros témpanos de hielo.





Qué poco la conocían en realidad.

Pero los rumores no habían necesitado demasiada insistencia para florecer. Eran dolorosos y ridículos; pero la gente los había creído porque siempre está dispuesta a creer cuando se trata de un escándalo. Y bajo todo aquello yacía la verdadera raíz de su problema: Avalon no encajaba allí, en la corte del rey Enrique, y lo sabía muy bien. Como lo sabían todos los demás.

En ese momento miró directamente a los ojos del hombre que había hablado, que enrojeció incluso más bajo su escrutinio.

—Nicholas Latimer. ¿Cómo te encuentras, mi buen señor?

—Muy bien, milady —contestó. Sobre su labio superior estaba formándose una delgada línea de sudor. Avalon posó su mirada en él, examinándolo.

Miedo. *Pesadilla*, susurró una voz en su cabeza, algo que sólo ella podía oír.

—Me alegro de oírte decir eso. —Sus palabras eran dulces y suaves, sin dejar entrever su objetivo—. Había escuchado historias muy tristes sobre tu reposo, mi señor.

—¿Sobre mi reposo?

—Oh, sí. Algunas de las damas estaban muy preocupadas. —Miró a los otros dos hombres, que la observaban con avidez, y después dedicó a Latimer una sonrisa amable—. Hemos oído decir que sufres... pesadillas, mi señor.

En ese momento, Latimer palideció.

—¿Qué? —preguntó en un susurro.

Es esclavo de sus pesadillas, sugirió la astuta voz.

—¿No tienes pesadillas, mi señor?

—¿Cómo lo habéis...?

Parecía incapaz de terminar la frase, a juzgar por la pérdida de sangre de su rostro y por el parpadeo de temor en sus ojos.

Avalon examinó al hombre que estaba casi temblando frente a ella (*oscuridad, labios, sabor, deseo, temor*), y repentinamente decidió apiadarse de él.

—Estoy segura de que no era nada —dijo entonces—. Os deseo lo mejor, caballeros.

La observaron mientras se alejaba, una silueta solitaria en el





centro de una habitación abarrotada. Parecía rodearla una barrera invisible.

—¿Cómo lo ha sabido? —escuchó que Nicholas preguntaba a su espalda.

—Es una bruja —respondió su amigo.

El tercer hombre habló en voz baja, de un modo casi reverente.

—Es la mujer más hermosa que he visto nunca.

Avalon asintió a los que la saludaban, imitándolos.

Una bruja.

Seguramente no. Seguramente no, aunque sabía que la mayor parte de los pertenecientes a aquella refinada e inútil corte estaban secretamente convencidos de lo contrario. Pero no era necesario ser una bruja para ver las constantes ojeras bajo los brillantes ojos de Nicholas Latimer. No era necesario ser una bruja para captar el aura angustiada que portaba, las rabiosas visiones que danzaban en sus pupilas incluso cuando estaba despierto. Tenía pesadillas, eso era obvio. Cualquiera podría darse cuenta. No sólo una bruja.

Ella no era una bruja. De hecho, ni siquiera creía en la existencia de ellas. Las brujas eran un mal conveniente creado por hombres asustadizos para describir lo desconocido. Las brujas no existían realmente. Eran mujeres pobres y solitarias que no tenían protectores y, ciertamente, Avalon no era una de ellas.

Porque las brujas son ajusticiadas públicamente. Eso ocurría de forma constante.

Avalon no era pobre, no estaba sola y tenía con ella en todo momento al más fiable de los protectores: ella misma.

Pero así no era como se comportaban normalmente las mujeres nobles, y ella notaba la diferencia allí, en la corte del rey Enrique. Cuando llegó a Londres pensó que la separación que sentía se debía a su inusual historia, que siempre estaba presente en las lenguas de los cotillas.

Bueno, no podía hacer nada al respecto. Su historia era la que era.

La peculiaridad —esta diferencia— había estado presente en ella durante toda su vida, aunque Avalon intentaba no pensar en ello. A los siete años había comprendido que no era como los





demás. Nadie podía ver las cosas que ella veía, ni oír las cosas que ella oía. Nadie podía intervenir en el estado de ánimo de los animales, ni sentir como una oleada cualquier emoción fuerte que hubiera en ellos.

Sólo ella. Sólo Avalon.

Esto no le ocurría todo el tiempo; a veces pasaban días, semanas, e incluso hubo un par de gloriosos meses en los que parecía que su consciencia, su horrible bestia, estaba dormida, y entonces era capaz de introducirse totalmente en su papel de chica normal. Avalon apreciaba esos momentos, y los anhelaba. Pero, finalmente, la bestia siempre volvía a despertar, abriendo el despiadado ojo en su interior que le permitía observar todo lo que no quería ver.

Tan pronto como se dio cuenta de esto, comenzó a trabajar duro para cambiarlo, tanto física como mentalmente. Con el tiempo había llegado a convencerse a sí misma de que estos incidentes eran, en gran medida, parte de su imaginación, alimentada por la constante e implacable superstición que había saturado su infancia.

En sus momentos más oscuros, en sus ensoñaciones, la voz tomaba en su mente una vaporosa forma: la de un monstruo fabuloso, un ser legendario del que una vez le habló su niñera y que había quedado grabado en su memoria. Asumía una forma híbrida: la cabeza de un león, el cuerpo de un carnero, la cola de una serpiente.

Una quimera. Respiraba una neblina de fuego a través de ella y tenía una voz y unos ojos que sólo tenían vida en su interior. Aquel era su terrible secreto; y cuando la oscuridad se convertía de nuevo en luz, Avalon desterraba aquella imagen con todas sus fuerzas.

Las quimeras, como las brujas, no eran reales. Las cosas que le pasaban eran extrañas, sí, a veces incluso inexplicables. Pero no eran sobrenaturales. Sucumbir a eso sería admitir que creía en todo aquello que desdeñaba: el folclore irracional que había mantenido Hanoch Kincardine y su familia en Escocia, su permanente fe en un arcano cuento de hadas del que pensaban que ella era parte intrínseca.





Pero, a pesar de su racionalización, nada detenía completamente los extraños momentos que la abrumaban, nada conseguía matar por completo a la quimera. Y por eso, durante la mayor parte de su vida, Avalon había actuado como si no existiera.

Hanoch se había reído ante sus esfuerzos.

—Eres parte de la maldición —le decía a menudo—. No pienses lo contrario, muchacha. No te escondas. Ésa es la única fuerza que tienes.

Pero ella lo había negado, había luchado contra él amargamente para demostrar que tenía muchos más dones, que no era débil ni frágil, que sus burlas no le hacían daño. Había luchado contra él casi cada día, de un modo u otro. Se había negado a aceptar la estúpida fábula de su clan, se había negado a creer el sinsentido que le habían contado... que ella sería la elegida, que rompería la maldición que yacía sobre todos ellos.

En su interior, enroscada alrededor de su corazón, la quimera se había hecho eco de la risa de Hanoch, mofándose de ella.

Ahora, en la abarrotada fiesta de la corte del rey Enrique, los madrigalistas habían comenzado a tocar una canción lenta, y rasgueaban suavemente sus laúdes mientras el tenor cantaba algo sobre el amor perdido. Avalon aceptó una copa de aguamiel que le ofreció un criado, y la sorbió pensativamente. A su izquierda había un grupo de mujeres de su edad reunidas en un círculo cerrado. La miraban altaneramente.

Odio, suspiró la quimera, esa voz susurrante. *Envidia*.

Los muros del salón real estaban cubiertos por elaborados frescos de colores esplendidos en los que la fantasía se confundía con la realidad: dragones y grifos que se elevaban sobre caballeros, reyes y santos. Avalon caminó hasta una esquina vacía y simuló examinar uno de los santos retratados, que estaba atado a una estaca. Ardiendo.

—*Mírala...*

El santo tenía una expresión extrañamente vacía que no reflejaba las llamas ni el humo a sus pies.

—*Mírala, allí, coqueteando con todos los hombres que pasan junto a ella. No debería ser aceptada en la corte.*

—*¡No debería ser aceptada en el reino!*





Las llamas amarillas eran afiladas y puntiagudas, inflexibles, como dolorosas espadas de luz que emanaban de la madera. Eran un estallido de redención para el santo, sin duda, que al menos nunca tuvo que soportar la agonía de ser el invitado más famoso en un evento formal del rey.

Le bastó una mirada sobre el hombro para descubrir que el grupo de mujeres se estaba envalentonando; decían su nombre en tono desafiante mientras se movían para poder verla con mayor claridad.

—*¿Sabes? Dicen que está loca.*

—*No es de extrañar, fue criada por animales... O peor que animales, por escoceses...*

Avalon las miró durante un eterno momento y después se alejó de nuevo, buscando paz. Aun así, la siguió su estela de desaprobación, dirigida directamente hacia ella, y mientras caminaba, durante un desconcertante instante, la quimera parpadeó y le permitió ver lo que estaban viendo las mujeres de ese círculo: una joven dama sin dominios, alta y pálida, vestida con un *bliant* rosa engalanado con perlas; su cabello tenía un brillo plateado a la luz de las velas y lo llevaba recogido con una diadema, pero sin velo; sus extraños ojos parecían mirar sin ver...

Una mirada rápida a un oscuro espejo de los madrigalistas le confirmó esta visión. Ciertamente, el espejo teñía su cabello de un gris fantasmal y escondía el curioso color de sus ojos, cubriéndolo con una turbia oscuridad. Pero, ciertamente, había sido el rostro que ahora veía en el espejo, la inusual mezcla de colores y rasgos, lo que había condenado su presentación desde un principio. Avalon estaba segura de ello.

—*¿Cómo es posible que no use velo en una reunión real? Sin duda debe pensar que su cabello es su único atractivo, ya que lo muestra de ese modo. ¡Quizá es así como lo llevan los paganos en Escocia!*

—*Qué poco elegante, llevar el cabello de un color rubio tan pálido...*

Rubio plateado, como la luz de la luna, solía decir la niñera de Avalon.

—*Y qué burdo que el resto no encaje con un cabello tan peculiar, que sus cejas y sus pestañas sean tan negras como la noche...*

Un contraste delicioso, insistía Ona, la niñera.





—*No sé por qué piensa que es atractiva. El estilo de moda es el cabello oscuro, por supuesto. ¡Y mira su complexión! ¡Blanca como un fantasma!*

Ona solía proclamar: Blanca como el alabastro, señal de una estirpe superior.

—*¡Y sus ojos!*

—*¡Efectivamente!*

—*¿De qué color son, queridas? ¡Nadie lo sabe!*

No son azul celeste, no son púrpura profundo, sino algo entre ambos tonos, una mezcla de la niebla y la luz antes del amanecer. Violeta, afirmaba la devota Ona.

Nada normal y corriente, como azul o verde o marrón, pensó Avalon irónicamente. Violeta.

Siguió caminando, sorbiendo el aguamiel del rey y preguntándose cuándo podría marcharse. En las zapatillas, finas como el papel, que conjuntaban con su bliaut, sus pies comenzaban a enfriarse.

Su acompañante, lady Maribel, estaba hablando con tres mujeres y un hombre, riendo, y Avalon odiaba tener que estropearle el momento. Londres era su paraíso, no el de Avalon, y apreciaba a Maribel lo suficiente para permitirle disfrutar del poco tiempo que les quedaba allí.

Por supuesto, Maribel no tenía la culpa de que Avalon no se hubiera adaptado a la vida de la corte. Maribel había hecho todo lo que había podido; la había instruido en su pequeña propiedad en Gatting desde que Avalon tenía catorce años, enseñándole modales, historia, francés y latín. Había pedido los vestidos más elegantes para ella y le había suministrado una de las doncellas más hábiles con el fin de que la peinara adecuadamente para cada hora del día.

La propia Maribel había pasado medio año intentando despojar a Avalon de su acento.

Por eso, Avalon se sentía culpable: por el hecho de haber demostrado ser tan impopular en Londres. Lady Maribel —una tía que se había casado tantas veces que Avalon había perdido la cuenta— había sido amable, aunque distante, y se merecía que la joven a su cargo brillara en la ciudad por su belleza, su ingenio y su popularidad como tributo al buen hacer de la mujer.





Pero nadie, ni siquiera Avalon, había esperado la reacción que había recibido.

La mayoría de los hombres parecían tenerle miedo; el resto había intentado seducirla. Las mujeres la desdñaban. Todo esto era desconcertante para la joven. Los primeros meses de su estancia allí se había tragado su apabullante rabia y su dolor.

—Todo saldrá bien —la había consolado Lady Maribel—. Ya lo verás.

Pero no había salido bien. Quizá su diferencia era demasiado visible para los demás, a pesar de sus esfuerzos. Cuando había intentado hacer amigos en la corte, había sido rechazada, una y otra vez, hasta que aprendió a dejar de intentarlo y comenzó simplemente a vadear las olas de rumores y resentimientos.

Allí siempre sería una extranjera.

Los madrigalistas saltaron a una nueva melodía, algo más animada, provocando que muchos de los invitados en el abarrotado salón tuvieran que hablar y reír más alto. Los criados estaban teniendo problemas para mantener llenas todas las copas. Avalon rechazó otro ofrecimiento de aguamiel e intentó encontrar un lugar donde la masa de elegantes nobles no pudiera pisarla. En una esquina encontró un candelabro de hierro negro, con velas blancas, cuya cera se fundía formando gotas. Se escurrió tras él e intentó que no pareciera que lo estaba usando como escudo.

Las chicas del salón aún no habían terminado con ella. Asintieron y se movieron juntas, derrochando una dorada alegría.

—*¡Dicen que ni siquiera la quiere su prima! He oído que se ha negado a permitirle que vuelva a Trayleigh porque se sentía muy avergonzada por sus modales...*

—*¡Oh, sí! Y Dios sabe que ya fue lo suficientemente vergonzoso que sobreviviera al asalto del castillo de Trayleigh y viviera siete años en Escocia, cuando todos los demás habían dado por sentado que había muerto...*

—*¡Es increíble!*

—*Bueno, ¡he oído que no la quiere ni el bruto escocés al que está prometida! ¡Marcus Kincardine no volverá de la cruzada para casarse con ella!*

—*¡A mí me han contado que se volvió loca después del asalto! ¡Que ni siquiera recuerda lo que ocurrió ese día, cuando llegaron esos salvajes y ma-*





taron a todo el mundo! Lo único que conoce son los ordinarios modales de los Kincardine que la criaron...

—No, no... ¡Yo he oído que se volvió loca al ver los asesinatos de su padre y de su criada!

—Sí, ¿no es delicioso? ¡Y se dice que Lady Maribel está intentando casarla aquí con alguien mejor que ese Kincardine! ¡Que piensa que uno de nuestros buenos señores se uniría con esa pagana, cuando todo el mundo sabe que es una burla de todo lo que es respetable!

—Sí...

—Sí, una burla...

Avalon bajó la cabeza y fingió que no las oía. ¿Alguien más era consciente de la malicia que había en aquella habitación? Sólo ella, esperaba; con suerte, sólo la quimera podría escucharlas, porque eso significaría que sus voces no eran tan fuertes y que su vergüenza no sería compartida por todos.

Alguien tropezó con ella, una mujer que se reía de un modo estridente y que se disculpó mientras se alejaba con su acompañante. Proveniente del hombre, de la mujer, o de ambos, persistió en el aire una nube de un aroma demasiado dulce. Esto agravó el dolor de cabeza que comenzaba a golpear sus sienes.

El círculo de jóvenes estaba aun mirándola de un modo abiertamente hostil. Se habían unido a ellas un par de hombres que inclinaban la cabeza para escuchar sus susurros. Ella era el tema, eso no estaba sólo en su imaginación, porque algunas de ellas se reían al mirarla.

—Ni siquiera ese salvaje de Kincardine la quiere...

Ese salvaje de Kincardine, efectivamente. Avalon tomó otro sorbo de aguamiel y sonrió sin mirar a nadie en particular.

Aquel maldito compromiso había tomado su vida y la había retorcido para que encajara con las necesidades de algunos hombres hambrientos de poder: reyes, barones y terratenientes. Había estado prometida durante toda su vida; esto la había acechado y la había protegido al sellar su sino como sólo el lacre del destino puede hacerlo. Así que, naturalmente, ella tenía que hacer todo lo que pudiera para romperlo.

Avalon no le había contado a nadie sus planes de futuro, ni lo haría. Como si de un secreto mágico se tratase, temía que decir





las palabras en voz alta pudiera estropear el sueño. Guardaba esos pensamientos para sí misma.

El salón se caldeó rápidamente. En ese momento había demasiada gente, varios bailaban, incluso cantaban, pues el vino y el aguamiel habían soltado sus lenguas. Otra pareja se acercó demasiado, la empujaron inesperadamente y casi derramó su bebida. No se disculparon.

Suficiente. Avalon entregó su copa a un criado, encontró la puerta principal y entró en la antecámara, que aún retenía la frialdad de la noche. Allí había mucha menos gente, y la mayor parte de las sillas y bancos estaban vacíos.

Encontró un banco acolchado junto a un ventanal, lo suficientemente cerca como para permitir que una suave brisa le acariciara el rostro, el cabello y los hombros, atemperando su furia hasta que no fue nada más que su habitual resignación. Miró a su alrededor, vio sólo sombras y rincones oscuros, y entonces apoyó la cabeza contra el muro, y cerró los ojos.

—¿Cómo lo supiste?

Nicholas Latimer surgió ante ella y rápidamente se sentó a su lado, en el banco. Tomó sus brazos y los sostuvo con fuerza, respirando en el rostro sorprendido de Avalon.

—Dime cómo supiste que tengo pesadillas —demandó.

Avalon miró a su alrededor, pero aquella zona de la habitación estaba desierta y no había nadie a quien pedir ayuda. Retrocedió, apartándose de él tanto como pudo, intentando zafarse de sus manos.

—Es obvio —dijo de un modo cortante—. Déjame en paz.

Nicholas intentó agarrarla de nuevo, pero ella se levantó y se apartó de él. Una pareja que había en la habitación vio el abrupto movimiento y se quedó mirándola. Latimer se levantó rápidamente para seguirla y bloqueó su camino. En ese momento no podía apartarse de él sin hacer una escena. Por el bien de Maribel, se quedaría donde estaba.

—Eres una bruja, ¿verdad? —le preguntó, con la voz cuajada de miedo y escarnio—. Lo eres. Me has hechizado, ¿no es así? Llegaste aquí con tu cabello y tus ojos, parecías tan bella... Tientas a los hombres honestos con tu rostro, me torturas, me haces sentir esas cosas, provocas esas noches ardientes...





—No seas tonto —lo interrumpió.

La pareja estaba aún mirándose y a ellos se habían unido dos más.

—Yacerías con el demonio antes de hacerlo conmigo, ¿verdad? ¡Y crees que lo harás! Crees que yacerás con Marcus Kincardine, que va a volver de esa cruzada y te va a reclamar. Pero ha estado lejos demasiado tiempo, ¿no es así, bruja? ¿Por qué esperar a un bárbaro escocés cuando podrías estar conmigo? —Latimer se acercó más a ella, demasiado, y en su mirada había peligro, la sensación de que había cruzado cierta línea—. Acuéstate conmigo —dijo de nuevo lentamente, con voz ronca, como perdido en sí mismo.

Mira, le invitó la quimera, un segundo peligro. *Mira...*

Contra su voluntad, se vio atrapada durante unos segundos en la mente de Latimer. Su intensidad la arrastró del modo familiar que ella temía; sentimientos azotadores, abrumador contacto. La maldita quimera abrió la puerta...

Mira...

Y lo que sintió en él fue un profundo deseo, miedo, y más deseo. Vergüenza. Intentó bloquear las imágenes del interior de Latimer, una mujer cubierta sólo por las sabanas, un hombre sobre ella, haciéndole cosas, y entonces Avalon descubrió que la mujer ella era misma, y que él era el hombre... y estas imágenes se mezclaron con algo más, algo más oscuro, humo, y carne, y comida, un sabor amargo, él se avergonzaba de todo eso, esto era lo que lo consumía...

Labios, oscuridad, sabor-roce-deseo-brujamiedolabioscamasabor...

Latimer volvió de ese peligroso lugar, y ella volvió con él, mareada. Intentó tocarla, ajeno a su audiencia, pero antes de que pudiera atraparla de nuevo, su instinto y su entrenamiento se pusieron en marcha.

Avalon levantó la mano y capturó la del hombre, y a continuación centró su pulgar en el dorso de la mano de Latimer, giró su muñeca y la dobló hacia atrás mientras daba un paso hacia delante. Colocó la mano del hombre entre los pliegues de su falda para esconderla, y colocó la otra mano en su codo, paralizándolo. Todo esto ocurrió en una fracción de segundo.





Entonces le dedicó una deslumbrante sonrisa, como si acabara de decirle algún sinsentido romántico que hubiera hecho que se acercaran el uno al otro.

Latimer abrió los ojos de par en par por el inesperado dolor. Avalon lo sostuvo allí, inmóvil, aplicando justo la presión suficiente para dejarle saber que, realmente, podía hacerle daño si quisiera.

Al otro lado de la habitación comenzaron los murmullos, oyó que pronunciaban su nombre en susurros cada vez más altos.

—Escúchame con mucha atención —dijo, manteniendo su voz tan suave como fue posible—. No es la brujería lo que me permite ver que pasas las noches en vela. Si alguna vez te oigo decir esa palabra en relación con mi nombre, puedes estar seguro de que lo lamentarás mucho, mi señor. No es brujería lo que sostiene tu mano justo ahora, sólo es carne y sangre. ¿Me estoy expresando con claridad, mi señor?

Él miro a su alrededor y después la miró a ella de nuevo, apretando los dientes.

—Sí —dijo.

—Excelente. Como pago por tu comprensión, te ofrezco un favor, lord Latimer: he oído que disfrutas comiendo la carne de una extraña seta, que has caído en ese hábito con algunos de tus amigos. Es posible que yo no sea tu amiga, Nicholas, pero ellos tampoco lo son. Y no te deseo ningún mal. Pero esas setas que ansías están provocando tus sueños. Déjalas, y también desaparecerán tus pesadillas.

Avalon liberó su mano. Él retrocedió, frotándose la muñeca.

—Realmente, no te deseo ningún mal —dijo la dama de nuevo.

Nicholas se giró y se alejó de ella, en dirección a la gente que se había reunido para mirarlos y que estaba sumida en sus propias especulaciones. Se apartaron y se pusieron a su alrededor, ansiosos por mantenerlo en su centro y empaparse del inicio de un nuevo escándalo.

Avalon sabía con total certeza que el infierno estaba a punto de abrirse.

